

Historia, memoria y literatura: dinámicas de unificación y pluralidad. Una perspectiva sobre identidades centroamericanas

Magdalena Perkowska¹

Recibido: 18 de octubre de 2011 / Aprobado: 24 de noviembre de 2011

Resumen

Partiendo del concepto de distribución de lo sensible de Jacques Rancière este ensayo examina las formas en que el campo cultural centroamericano, en particular la literatura, ha contribuido a descolonizar el imaginario homogeneizador que dominó la construcción de identidades nacionales hasta la segunda mitad del siglo XX. Explorando el potencial contestatario de la memoria que desafía los límites de la decibilidad y visibilidad histórica, la diversificación de las discursividades literarias y la reescritura del relato oficial/dominante de la historia en la nueva novela histórica, trazo un esfuerzo estético, que es también político, de movilizar imaginarios culturales y prácticas políticas que contestan la homogeneidad y buscan configurar una partición más democrática y heterogénea de lo sensible. Al perturbar la establecida y dominante configuración simbólica de lo compartido, el campo cultural construye un imaginario pluriétnico e intercultural, un proyecto de comunidad plural, incluyente y participativa, una convivencia en la diferencia de diversas subjetividades centroamericanas.

Palabras clave: nación, historia, memoria, distribución de lo sensible, subjetivización, descolonización del imaginario nacional.

Abstract

Taking as its starting point Jacques Rancière's concept of 'the distribution of the sensible,' this essay examines the ways in which the Central American cultural field, literature in particular, has contributed to decolonize the imaginary of homogeneity that dominated the construction of national identities until the second half of the 20-th century. By exploring the potential of memory to defy the limits of historical utterability and visibility, and by examining both the diversification of literary discursivities and the rewriting of official/dominant history in the new historical novel, I outline an aesthetic effort (which is political as well) to mobilize cultural imaginaries and political practices that challenge homogeneity and strive to configure a more democratic and heterogeneous partition of the sensible. In disrupting the established and dominant symbolic configuration of a supposedly shared identity, the cultural field constructs a pluri-ethnic and intercultural imaginary, that is, builds a project of a pluralistic, inclusive, and participatory community, a coexistence within the difference of diverse Central American subjectivities.

Key words: nation, history, memory, distribution of the Sensible, subjectivization, decolonization of the national imaginary.

En los comentarios finales a mi estudio sobre la nueva novela histórica latinoamericana, observo que este género produce dos formas de resistencia: algunas de las novelas se oponen al relato de la Historia oficial y sus mentiras, mientras que otras (que denomino *historias híbridas*) tienen por blanco el concepto mismo de verdad e Historia y, en consecuencia, *proponen* no sólo otras versiones, sino sobre todo otros modos de historiar. Exploran la historia para redefinir sus espacios y fronteras, sus sujetos y objetos, y para reformular sus discursos. En ellas, la Historia se vuelve historias, porque las novelas *proponen* un espacio ficcional que se abre a realidades alternativas o nuevas, tales como el espacio privado, las experiencias de las mujeres, las existencias y culturas marginadas, las

masas anónimas, los *faits divers*, la cultura popular, el cuerpo, la locura, el chisme, las artes visuales. Se trata de las esferas excluidas antes de la "tradición inventada" (Hobsbawm 1) de la Historia. Proponer, diversificar, es una manera de descolonizar el imaginario histórico (Perkowska 346-347). Por eso, para mí, la nueva novela histórica es una articulación de la política.

No empleo esta palabra en su uso más corriente, sino para apuntar al concepto elaborado por Jacques Rancière a lo largo de las últimas dos décadas, que debe distinguirse de su noción de "lo político" (*le politique*). Si "lo político" implica la constitución de un espacio común, la política (*la politique*) designa el disenso, el

¹ Hunter College y Graduate Center, Universidad de Nueva York. mperkows@hunter.cuny.edu

desafío, el desacuerdo sobre la configuración de este escenario común y la división de lo sensible que lo determina y sostiene. Entendida como una suerte de régimen epistemológico-ideológico, la división de lo sensible organiza y jerarquiza lo que en una comunidad se acepta como visible y lo que es invisible, lo que es audible y lo que no lo es, lo que es discurso y lo que es ruido (Rancière *El desacuerdo* 44-45). En otras palabras, la partición de lo sensible delimita los bordes de lo común y lo propio, reparte los cuerpos, espacios, tiempos y las formas de actividad de los miembros de una comunidad y así organiza la inclusión y la exclusión. La política es una intervención radical con respecto a la división de lo sensible, una perturbación del orden establecido; según Rancière, ella es “la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido” (*El desacuerdo* 45). Rancière establece una conexión entre la política y la estética porque ambas cuestionan o “[interrumpen] las coordenadas normales de la experiencia sensorial” (Rancière, *Sobre políticas estéticas* 19) trastocando su distribución habitual y aceptada (o impuesta) y proponiendo una nueva partición de lo sensible. Es así que la nueva novela histórica, que perturba, desde la ficción (otras formas de la perturbación se dan, por ejemplo, desde la historiografía misma) la configuración simbólica dominante de lo compartido, al oponerse a ella y al proponer que se reconozcan otras presencias, es política. Por supuesto, no se trata aquí de idealizar la literatura, porque ésta puede asociarse tanto con la política como con lo político. Volveré a esta cuestión más adelante.

Hago esta referencia a la nueva novela histórica y su resistencia en forma de *oposición/proposición* (o propuesta), porque me parece que un fenómeno similar ocurre, desde hace varias décadas, en el campo cultural centroamericano (sin limitarlo ni al campo estético propiamente dicho ni, dentro de este campo, a la novela histórica) y que, además,

está directamente relacionado con la política como un proceso de subjetivización, es decir, demanda de reconocimiento por parte de los que estaban excluidos del escenario supuestamente común, invisibilizados en el orden de lo sensible. La *oposición* y la *proposición* representan dos configuraciones diferentes de saber y sentido, pero no siempre se separan y distinguen, sino que a menudo operan juntas o apenas diferenciadas. Me parece que, como en el caso de la nueva novela histórica, la *oposición* aparece, cronológicamente, más temprano, como una forma de contestar el modo que Centroamérica (como región) y cada uno de sus estados-naciones tuvieron de imaginarse a sí mismos.

Me refiero aquí a la idea de nación e identidad nacional formulada a finales del siglo XIX y principios del XX por las élites nacionales y los intelectuales al servicio del estado, que se basaba en un régimen epistémico heredado de la Ilustración, orientado hacia el ideal de progreso y modernidad y la expulsión o corrección de todo lo que pudiera conminarlo o contaminarlo. Se trata del concepto de nación homogénea que se configura en torno a los valores, normas y costumbres de la alianza criollo-mestiza, mientras busca integrar las etnias indígenas y negras, que se consideran bárbaras, atrasadas e incultas, por medio de la aculturación y la eugenesia; en otras palabras, homogeneizar la nación mediante procesos de modernización y occidentalización que deberían llevarla hacia la tierra prometida de civilización y modernidad (Quijada 22-26). Es este concepto de la nación el que en 1924 autoriza a Roger de Lyss, autor e intelectual guatemalteco, a decir: “El indio no puede ser ciudadano. Mientras el indio sea ciudadano, los guatemaltecos no seremos libres”(cit. en Casaús Arzú, “Las elites intelectuales” 9); o el que autoriza a un Manuel García, cuyo artículo titulado “Guerra a los negros” fue publicado en 1929 en el periódico del Partido Comunista de Honduras, a referirse a los negros ingleses y creoles de ese país como “Raza ignorante y deforme, cuya sola presencia infunde asco y repugnancia” (cit. en Amaya, “Los negros o creoles de Honduras” n.p).

La distribución de lo sensible se evidencia con claridad en este proyecto de un *ochlos* nacional², porque todos los saberes y regímenes participan en su consolidación, inclusive la literatura. El campo jurídico promulga leyes cuyo objetivo es minimizar la presencia de los que no pertenecen al espacio común o controlar su actividad. Por ejemplo: en Honduras, la ley de 1839 que restringió el derecho a la ciudadanía a los que tienen propiedades o saben leer y escribir o la ley de 1881 que declaró el español como lengua oficial del Estado (Amaya, “Reimaginando” n.p.); en Costa Rica, una Ley de Inmigración decretada en 1887, que prohibía la entrada al país de las personas de raza negra, china, turca, árabe, armenia, siria y gitana (Amaya, “Los negros”, n.p.)³; o, en Guatemala, las Leyes de la Vagancia y del servicio de vialidad obligatorio, que reforzaban la explotación y la desigualdad.

Quizá el campo discursivo que más contribuyó a forjar la homogeneidad simbólicamente es la historiografía, responsable de configurar el relato de la historia nacional, que organiza la decibilidad y visibilidad del pasado. Desde la perspectiva teórica de hoy podríamos ver la historia nacional como una forma de tradición inventada, que según Eric

Hobsbawm, busca establecer la continuidad del presente con el pasado, pero no con todo el pasado, sino un pasado apropiado (1)⁴. Eran la enseñanza escolar y los actos públicos los que le inculcaban a cada ciudadano los nombres de próceres y héroes nacionales, los acontecimientos destacados y las fechas que debían recordarse y celebrarse, codificados antes en relatos de memoria oficial que gozaban de la aprobación de las autoridades políticas y académicas. La conmemoración periódica y repetitiva de estos episodios, fechas o nombres de la historia patria por medio de celebraciones nacionales, monumentos y otras representaciones conmemorativas complementa este proceso, constituyendo una importante práctica simbólica y ritual a través de la cual una comunidad y sus instituciones reanudan periódicamente el vínculo con su origen histórico que se representa como monumental, épico y heroico. El énfasis en la grandeza y heroicidad del pasado nacional es crucial porque permite borrar o, por lo menos, desviar la atención de la violencia (tanto la física como la epistémica) propia de todo proceso de consolidación nacional. A este proceso Paul Ricoeur lo denomina la “organización del olvido” (582)⁵.

² Rancière utiliza este término griego, que significa ‘la multitud’, para referirse a una comunidad obsesionada con su propia unificación, a expensas de los que no participan en la partición de lo sensible (*On the Shores of Politics* 31-36; *The Politics of Aesthetics* 88).

³ Según esta ley, los miembros de los grupos étnicos mencionados, “Por su raza, sus hábitos de vida y espíritu aventurero e inadaptable a un medio ambiente de orden y trabajo, serían en el país motivo de degeneración biológica y elementos propicios para el desarrollo de la holganza y el vicio” (Bienvenido Ortiz Cartín, *Compilación de Leyes, Decretos y Circulares Referentes a Medicina e Higiene del año 1821 hasta 1920*; cit. en Amaya, “Los negros”, n.p.).

⁴ Según Hobsbawm, las tradiciones inventadas se definen como “A set of practices, normally governed by overtly or tacitly accepted rules and of a ritual or symbolic nature, which seek to inculcate certain values and norms of behavior by repetition, which automatically implies continuity with the past. In fact, where possible, they normally attempt to establish continuity with a suitable historic past” (1).

⁵ Haciendo eco de la muy conocida afirmación de Ernest Renan, Paul Ricoeur recuerda que todo acto fundador de las comunidades históricas se basa en la violencia que enaltece a unos mientras degrada a otros:

C'est un fait qu'il n'existe pas de communauté historique qui ne soit née d'un rapport qu'on peut dire originel à la guerre. Ce que nous célébrons sous le titre d'événements fondateurs, ce sont pour l'essentiel des actes violents légitimés après coup par un État de droit précaire, à la limite, par leur ancienneté même, par leur vétusté. Les mêmes événements se trouvent ainsi signifier pour les uns gloire, pour les autres humiliation. À la célébration, d'uncôté, correspond l'exécution, de l'autre. (99)

Dada esta bifurcación semántica del acto fundacional, las celebraciones y conmemoraciones de los orígenes históricos deben ser selectivas y repetitivas y, como tales, se constituyen en “memoria-pantalla” (“souvenir-écran”; 582) que exalta un acontecimiento para ocultar otro, poniéndolo entre paréntesis (583). La “memoria-pantalla” es una manera de desviar la mirada, mientras que la repetición obsesiva de este recuerdo (las conmemoraciones anuales o la circulación repetitiva de los relatos dominantes) es una estrategia de olvido, un “olvido de fuga”, dice Ricoeur (580), que permite ignorar o no querer saber de la violencia del acto fundador:

[Q]uand on braque le regard sur un aspect du passé ... on se rend aveugle à un autre... L'obsession est sélective et les récits dominants consacrent une oblitération d'une partie du champ du regard... Voir une chose, c'est ne pas en voir une autre. Raconter un drame, c'est en oublier un autre. (584)

El olvido de la violencia fundacional es una de las formas del abuso de la memoria que Ricoeur discute en el estudio titulado *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (2000). Además de ocultar la violencia fundadora, la memoria manipulada o instrumentalizada puede imponer un relato mistificado de la historia nacional. Gracias a la dimensión selectiva del relato histórico y a las variaciones que ofrece la configuración narrativa (579), siempre es posible suprimir algunos elementos, desplazar los acentos de importancia, refigurar a los protagonistas de la acción y/o redibujar los contornos de la acción misma (580), para configurar un relato conforme con la partición de lo sensible ya instaurada o deseada.

En esta línea podemos situar un acercamiento selectivo al pasado, que resalta sólo los elementos que concuerdan con la noción dominante del común. Un buen ejemplo es la “mayanización” de Honduras que consistía en definir todas las etnias que habitaron Honduras como mayas y en apropiarse la simbología maya para construir un pasado esplendoroso que borraba cualquier vestigio de otras culturas indígenas en el pasado y ocultaba la presencia de otros grupos indígenas, así como de los negros garífunas e ingleses (o creoles) en el presente (Amaya, “Reimaginando’ la nación en Honduras”, n.p.; Euraque; Mendoza 224-225). El mismo patrón caracteriza la obra del historiador guatemalteco José Antonio Villacorta Calderón, cuya visión, sobre todo en su primera etapa (1915-1938), ofrece “una notable exaltación de las grandes civilizaciones indígenas desaparecidas y una visión de los indígenas vivos como un problema para la integración de la nación” (Gordillo Castillo 134-135).

La borradura, la condena a la invisibilidad, constituye la otra faceta de la memoria manipulada. Enrique Gordillo Castillo comenta que en los Elementos de Historia Patria y el Curso de Historia

de la América Central (escritos entre 1915 y 1940), Villacorta “dedicó extensas descripciones a la vida política y cultural en el Reino de Guatemala sin mencionar, en ningún momento, la presencia de la población indígena. El mismo patrón se extiende al período independiente. Exaltó a los próceres de la independencia, se refirió a las luchas entre conservadores y liberales, a las constantes guerras entre los estados centroamericanos, y a los héroes liberales, sin mencionar nunca a los indígenas” (133). La invisibilidad ha sido el destino de la población negra, tanto de los esclavos de la época colonial, como de los trabajadores asalariados que llegaron a distintos países del Istmo a finales del siglo XIX y a principios del XX. Por ejemplo, Carlos Monge Alfaro sostiene que “En Costa Rica no hubo esclavos o siervos” (129) y lo hace en un libro de texto utilizado durante décadas en la enseñanza de la historia en las escuelas secundarias. Desde luego, esta afirmación del gran intelectual (y el promotor de la descentralización universitaria a la que la Sede de Occidente debe su existencia) debe situarse y entenderse en el marco del pensamiento y discurso de aquella época (los años 40 y 50), pero los datos estadísticos la contradicen: el censo oficial de 1801 registra una población de 52591 habitantes, entre los cuales los españoles constituyen el 9.5%, los indígenas, el 15.7%, los mestizos, el 57.8 %, y los negros y mulatos, el 17% (Aguilar Bulgarelli y Alfaro Aguilar 374). Además, como observa Dorothy Mosby, el mismo hecho de que en Costa Rica se aboliera la esclavitud en 1824 evidencia su existencia (9)⁶.

Según Lowell Gudmundson, en los momentos tempranos de la independencia, “[d]esde Guatemala hasta El Salvador, Nicaragua y Guanacaste en Costa Rica, el Pacífico centroamericano albergaba a la población más claramente mulata, pero muchas otras regiones también, tales como el Oriente de Guatemala, se identificaban con esta población y sus patrones

⁶ Fue el estudio de Mosby que me había referido a los trabajos de Monge Alfaro y de Aguilar Bulgarelli y Alfaro Aguilar. En la página 9, la autora presenta los mismos datos que incluyo en mi presentación.

culturales” (sin número de página). Los datos sobre Nicaragua, que Sergio Ramírez presenta en *Tambor olvidado* (2007) confirman esta constatación: “En Granada... había en 1790 un total de 12,400 habitantes, de los cuales 8000 eran mulatos y zambos, además de 400 negros libres y 100 negros esclavos, para un total del 69%, frente a 2000 indios, 1500 mestizos, y 400 españoles” (48). A pesar de estos números, la presencia africana en la historia de Centroamérica, en particular durante la colonia y en las primeras décadas de los estados nacionales, es una memoria muchas veces negada, o “mutilada”, concepto acuñado por Serge Gruzinski en su libro *La colonización del imaginario*. Dicha negación ha reforzado no sólo el reparto del común sino también las distintas variantes del mito acerca de la identidad nacional: la “españolidad” o “europeidad” de los costarricenses a la que se refieren Lobo y Meléndez Obando y el mestizaje indo - hispano de las otras naciones centroamericanas⁷. La memoria silenciada es, entonces, un elemento fundamental de las mitologías nacionales, en el sentido que Barthes le otorga a este concepto: “un acuerdo con el mundo, pero no con el mundo tal como es, sino tal como quiere hacerse” (253).

La literatura de la época también participa en este proceso de homogeneizar las visibilidades y decibilidades, aunque en su seno la partición de lo sensible resulta más contradictoria que en el discurso histórico, señalando una tensión entre la ideología del orden aceptado y una visión crítica del mismo. Un gran porcentaje de los autores de fines del XIX y la primera mitad del XX pertenece al mismo estrato social del que provienen los representantes políticos y académicos de los estados nacionales: sectores hegemónicos modernizantes, por lo cual los discursos e imágenes que formulan desde la literatura se acoplan, en mayoría de los casos, con el régimen modernizador del estado y el imaginario nacional que éste articula y promueve.

Así, las novelas *La tempestad* de Flavio Herrera (1935) y *La gringa*, de Carlos Wyld Ospina (1935) presentan una imagen deshumanizada y hasta animalizada del indígena que sirve dos propósitos, ambos ideológicos, aunque uno es cultural y el otro es económico. Se trata, por un lado, de mostrar la necesidad de curar y latinizar al indígena (Herrera, 209-210) para acercarlo a la razón occidental del imaginario nacional y, por el otro, de “certificar la sub-humanidad del maya para poder justificar su explotación” (Arias, *La identidad* 52). Lo interesante es que esta visión conservadora al nivel del contenido se expresa en una forma experimental que busca la modernidad literaria (Rodríguez Cascante 25-26 y 28).

La tensión étnica constituye la médula significativa de *Hombres de maíz*, de Asturias (1949) y, como muestra Arturo Arias, es la fuente de las contradicciones de esta novela que, a la vez, perturba y confirma la hegemonía de lo mestizo:

Por un lado, Asturias intenta efectivamente articular la cultura maya con la mestiza. Sin embargo, mitificando lo mestizo como una preestablecida síntesis de lo occidental y lo indígena en el estilo elaborado por la revolución mexicana, lo hace subsumiendo lo maya a un papel subalterno. La cultura maya se limita a proveer íconos simbólicos para la articulación de una nacionalidad que es, simbología aparte, de corte occidental y hegeliano. Dada la hegemonía de lo mestizo, y las ya existentes asimétricas relaciones de poder entre ambas culturas, esta actitud... en efecto condenan [sic] la cultura maya a una gradual extinción por medio de una asimilación a cuenta-gotas. (“La literariedad” 195-196)

⁷ Por ejemplo: “Uno de los mitos más consolidados de la historiografía tradicional y de la mentalidad popular en Costa Rica es la ‘pureza’ o ‘españolidad’ de sus habitantes, claramente diferenciados por sus rasgos fenotípicos del conjunto centroamericano” (Lobo Wiehoff y Meléndez Obando 89).

En *Barro* de la hondureña Paca Navas de Miralda (1951), una novela de crítica social que denuncia la explotación del territorio nacional por los intereses extranjeros, la representación de los garífunas y los negros creoles enfatiza la holgazanería de los hombres y las inclinaciones a la brujería de las mujeres, además de su sexualidad exuberante, desordenada. Como los indígenas en las novelas de Herrera y Wyld Ospina, los negros hondureños aparecen animalizados (se reproducen como ratas) y demonizados, mientras que su lengua se describe como “una jerigonza confusa, igual que [la que hablan] los condenados en el infierno” (117). Cada una de las palabras de esta frase connota, en su negatividad, una condena de la ilegitimidad de esta habla, su indecibilidad, su estatus de ruido, que se enuncia desde la distinción legitimadora del lenguaje oficial (Bourdieu).

Ni siquiera un autor como Carlos Luis Fallas, quien proviene, según sus propias palabras, de “un hogar proletario” (15), logra sustraerse al poder performativo de la partición de lo sensible y al discurso sobre lo indígena, lo mestizo y lo negro que circula en su época (Grinberg Pla y Mackenbach 170). Vista desde una perspectiva de clase, *Mamita Yunai* (1941) es una novela radical y política en tanto denuncia la explotación e injusticia laboral. Su otra contribución, señalan Valeria Grinberg Pla y Werner Mackenbach, consiste en cuestionar el imaginario nacional hegemónico mediante la inscripción de la zona del Atlántico en la geografía nacional y la integración de los africanos y afro-mestizos al espacio de la literatura (170), lo cual equivale a una modificación de los espacios y cuerpos en el escenario común. Esta inscripción resulta, sin embargo, contradictoria, porque reproduce los estereotipos raciales del discurso hegemónico. De nuevo, llama la atención la animalización y demonización de la población negra, comparada a menudo, directa o indirectamente, con simios y/o demonios, así como su “africanización”, es decir,

un modo de representar que propaga imágenes del hombre negro “as an amoral primitive, full of song, dance, unusual rhythm, and sensuality” (Jackson 43).

Una resistencia ideológicamente más coherente a esta división de lo sensible y a los discursos identitarios que se constituyen en relación con ella, empieza a manifestarse en la literatura en la década de los sesenta. Propongo ver *Cenizas de Itzalco*, de Claribel Alegría y Darwin J. Flakoll (1966), como un punto de inflexión. Por supuesto, esta decisión es arbitraria, como sucede con la mayoría de las decisiones histórico-literarias, pero varios elementos de la discursividad de esta novela señalan un cuestionamiento del reparto de lo sensible que hasta entonces domina en el ámbito socio-político, con muy pocas y casi siempre frustradas excepciones⁸. Por un lado, es una de las primeras novelas de tema histórico-social escritas por una mujer –aquí en co-autoría con su esposo–, en la que una mujer (narradora y protagonista) plasma una percepción crítica de la sociedad salvadoreña. La inmutabilidad del “pueblón monocorde” (Liano 214; la cita se refiere a un pueblo parecido, representado en *El misterio de San Andrés*), su estructura social rígida y asfixiante, epitomizan la sociedad salvadoreña, pero se representan a través de técnicas modernas (el monólogo interior, la transposición temporal) que apuntan al deseo de transgredir esta inmovilidad. A la vez, la novela inscribe uno de los eventos históricos que definió el desarrollo de la historia salvadoreña en el siglo XX: el levantamiento campesino de 1932 y su represión por parte del régimen de Maximiliano Hernández Martínez. Esta insurrección encarna la política tal como la conceptualiza Rancière: un desacuerdo fundamental que cuestiona las formas de ordenación de la ‘comunidad’ salvadoreña y marca la aparición en la escena de la historia de un nuevo sujeto. Treinta años más tarde, la novela de Alegría recuerda esta irrupción del disenso

⁸ Una de estas excepciones frustradas, y también limitadas en su alcance político, fue la revolución en Guatemala, 1944-1954..

y, al hacerlo, expone desde el régimen estético, la fractura del reparto instaurado de identificaciones y clasificaciones sociales. *Cenizas de Itzalco* puede leerse como un diagnóstico de la sociedad que se opone a “las ficciones de la escena pública” (Rancière, “La división” 11) y anuncia, aunque en 1966 esto todavía puede resultar poco evidente, el drama histórico que se desarrolló en Guatemala, El Salvador y, de una manera muy distinta, en Nicaragua, en las décadas de los 70 y 80.

No pretendo sostener que en América Central la denuncia del orden hegemónico y la demanda democrática se hayan concentrado en el campo cultural. Al contrario, han sido los excluidos de la partición y sus acciones que proponían o exigían otros modos de organizar el común a través de la práctica política misma, los que se han desidentificado de la comunidad imaginada de nación homogénea proponiendo una comunidad imaginaria, es decir, una reconfiguración radical de las formas de visibilidad y de ordenación del común ya vigentes. En algunos casos, por ejemplo en Guatemala, el precio del reconocimiento de la visibilidad, de los derechos y los modos de hacer de la comunidad indígena, garantizado legalmente por el Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas (México, D.F. 31 de marzo de 1995) ha sido muy alto: miles de muertos, desaparecidos, desplazados y torturados. En otros casos, como el que representa la lucha por el reconocimiento social y político entablada por las organizaciones y comunidades garífunas en Honduras, la práctica política fue menos violenta, aunque la movilización étnica incluyó entre sus estrategias las huelgas de hambre (Amaya, “Reimaginando” n.p.). Lo importante es reconocer que ni estas prácticas políticas ni los procesos de subjetivación vinculados con ellas⁹ se proponían una simple inclusión en el orden existente o una identificación con él, sino que buscaban reconfigurarlo, crear una composición distinta de cuerpos, voces, discursos,

lugares, tiempos y formas de hacer y ser en el orden de lo sensible. Me refiero aquí a la transformación de la nación homogénea en una nación pluriétnica e intercultural, un proyecto de comunidad plural, incluyente y participativa.

Es al lado de esta intervención política directa sobre el orden del común que el campo cultural ha jugado y sigue jugando un papel fundamental en la operación de oponerse al mapa dominante de lo sensible y proponer otro. Como ya he mencionado, Rancière traza un paralelo entre la política y el arte (y la literatura resalta en sus reflexiones): ambos “construyen ‘ficciones’, es decir, reordenamientos materiales de signos e imágenes, de las relaciones entre lo que se ve y lo que se dice, entre lo que se hace y lo que se puede hacer” (“La división” 13). Por eso, “tienen efecto sobre lo real” (“La división” 13). El poder particular de la literatura reside en el atractivo que la palabra tiene en el hombre que “es un animal político porque es un animal literario, que se deja apartar de su destino ‘natural’ por el poder de las palabras” (“La división 14). Por otra parte, los enunciados literarios “introducen líneas de fractura, de desincorporación, en los cuerpos colectivos imaginarios”; por eso, su circulación “determina modificaciones de la percepción sensible de lo común” (“La división 14).

Es en este sentido que la novela de Alegría expone la fantasía ideológica del estado y del concepto dominante de nación homogénea. Es en este sentido, también, que el testimonio redefine rotundamente los límites entre lo visible y lo invisible, lo que se dice y lo que se oculta. Desde la perspectiva que propongo aquí es irrelevante si el testimonio es posmoderno o poscolonial, si es literatura o posliteratura. Lo crucial es el hecho de que el testimonio pone en escena la memoria (que no tiene que coincidir con la verdad absoluta perseguida por Stoll) y la voz – como discurso, no como ruido – de las subjetividades

⁹ Rancière define el proceso de subjetivación como la emergencia en la escena histórica de los excluidos del espacio común para “igualarse” y reconfigurar la partición de este común.

políticas emergentes. Ahora, desde mi punto de vista, la memoria, entendida a través de Ricoeur como rememoración, es decir, un modo activo de recuperar el pasado o lo ocurrido para luchar contra el olvido (6 y 33) y la mordaza del silencio, constituye un instrumento eficiente para desafiar los límites de lo visible y lo decible, especialmente en cuanto a la visibilidad y decibilidad histórica. De hecho, se puede argüir que la memoria, con su énfasis en la experiencia y, a menudo aunque no siempre, la (sub)alteridad, deconstruye la historia oficial, porque habla desde otro lugar, recupera otras existencias y experiencias, articula traumas locales, reclama otras subjetividades, trastoca los acentos del relato y representa un acto de toma de palabra, la enunciación del implicado, lo que, a menudo implica “el turno del ofendido” (Arias, “La literariedad” 196). Todavía hoy la memoria juega un papel fundamental en la reconfiguración de la historia y, con ella, de la división de lo sensible. Ya no se plasma en el testimonio, sino, por ejemplo, en el cine documental, como *La isla. Archivos de una tragedia* de Uli Stelzner (2010), un “viaje por la memoria histórica de Guatemala” (según reza la carátula) que combina entrevistas, documentos de archivos, imágenes inolvidables de rostros significativos, recuerdos de los deudos de los desaparecidos, para recorrer el laberinto de una memoria dolorosa que lucha contra el doble borrado, el del cuerpo y del registro desaparecidos del espacio de lo visible, invisibilizados. Las rememoraciones de los deudos, los documentos polvorientos del archivo y las imágenes de las víctimas forman una nueva huella, una reinscripción en la historia de donde las borró la violencia de la represión de los defensores del *ochlos*. *Colima*, un documental desgarrador del salvadoreño Oscar Orellana (2009), contrasta las memorias de los deudos de las víctimas con los recuerdos y opiniones de los victimarios, creando literalmente un duelo de memorias. Ambas películas inscriben en el espacio de rememoración y visibilidad histórica –cabe resaltar aquí la convergencia entre la visibilidad y la visualidad que resulta muy significativa– a actores anónimos,

seres que desde la perspectiva nacional de la historia oficial son insignificantes; cuentan “la vida de los hombres [y mujeres] infames”, una frase de Foucault, quien se refiere así a la entrada de lo cotidiano, lo bajo, lo ‘sin fama’ al discurso; a un cambio en lo que merece ser dicho y cómo se dice y los efectos de verdad que esto produce.

Este cambio en lo que merece ser dicho y como se dice, es decir, una transformación de la decibilidad, en su doble vertiente de oposición y, cada vez más, proposición que voy comentando, se manifiesta con una intensidad particular en la literatura contemporánea centroamericana. Debido a la brevedad del tiempo, no puedo extenderme sobre todas sus manifestaciones, pero quisiera nombrar algunas para reconocer, por lo menos, el alcance de la diversificación de discursividades literarias que trazan un plano más incluyente de lo sensible. Cabe mencionar aquí la producción literaria maya: la poesía de Humberto Ak’abal; las novelas de Luis de Lión (recuperado por la crítica), Gaspar Pedro González y Víctor Montejo; los cuentos de Sam Colop (quien acaba de traducir el PopolWuj); y los testimonios de Rigoberta Menchú y Víctor Montejo, además de la abundante producción muy reciente respaldada por la editorial F&G. Sus obras, escritas casi siempre en uno de los idiomas del grupo lingüístico maya y traducidas al castellano, resaltan “la especificidad de una topología traumática” y buscan “la validación de espacios simbólicos importantes para los propios indígenas” (Arias, “La literariedad” 204). Importa destacar asimismo la literatura del Caribe centroamericano: en Costa Rica, la producción de autores como Quince Duncan, Eulalia Bernard, Shirley Campbell y Delia McDonald; en Belice, los relatos de ZeeEdgell, Zoila Ellis (ambas autoras escriben en inglés mezclado con creole), Evadne García (quien escribe en creole), Glenn Godfrey, Felicia Hernández, Colville Young y, en español, la novela *Gotseif de Cuin!*, de David Ruiz Puga (1995). Importa insistir en el lugar que en la literatura centroamericana ocupa la escritura producida por mujeres, nada nuevo en sí, dado que la trayectoria

de la literatura femenina del Istmo comienza en el siglo XIX, pero en las últimas décadas se nota una auténtica eclosión de la narrativa femenina que, en palabras de una de las autoras es “una ventana abierta a otro paisaje” (Lobo 237). Es necesario incluir, finalmente, las representaciones recientes del espacio urbano en las que los autores plasman de una manera novedosa las sensibilidades de la posguerra y las subjetividades centroamericanas de hoy, que se construyen en la intersección del caos social provocado por las políticas neoliberales de los gobiernos, la globalización económica y cultural y los procesos transnacionales, a los que pertenecen tanto la migración como el narcotráfico.

Quisiera retornar en este momento al género con el que empecé esta exposición, la nueva novela histórica, que me llevará de nuevo al territorio de la historia. Este género, que emerge en la literatura latinoamericana en los 70 y llega a su auge en las décadas siguientes, se convierte a finales de los 80 en “una de las tendencias más importantes de la narrativa centroamericana contemporánea [...] [ocupándose] de un sinnúmero de temas históricos, desde la Conquista hasta la Revolución Sandinista” (Mackenbach 179). El florecimiento de la nueva novela histórica centroamericana deriva de la urgente necesidad de reflexionar sobre una historia dolorosa y todavía por hacer, que aflora en el verso oximorónico del *Canto general*: “Oh cintura central, oh paraíso/ De llagas implacables” (Neruda 248). El verso proclama que la cintura centroamericana es (o pudiera haber sido) un paraíso, pero este paraíso está herido y llagado desde los tiempos de la conquista. La historia más reciente del Istmo no hace sino confirmar la condición irresuelta de la historia centroamericana, por lo que aquí se “necesita siempre imaginar otros tiempos, soñar con el otro lado de las verdades” (Escobar 16). Así justamente piensa Sergio Ramírez, para

quien la historia no termina de hacerse; por eso “los novelistas imaginan ser historiadores de una historia” que hay que “volver a contar ... o reinventar ... o corregir” (Ramírez, “Oficios compartidos” n.p.) porque está plagada de vacíos, lagunas, tabúes o falsificaciones. Esta historia busca un relato y un relator. Contándola de otra manera, las ficciones reconfiguran el mapa de lo sensible, trazan nuevas cartografías del imaginario, redefinen el común limitado por las “tradiciones inventadas” de la historia nacional y oficial.

Dos aspectos de la producción actual de la novela histórica en el campo centroamericano merecen una mención especial. Se destaca primero la participación de las autoras; creo no equivocarme al afirmar que en ninguna otra región latinoamericana, tomando en cuenta las décadas en cuestión, se han producido tantas nuevas novelas históricas escritas por mujeres como en el Istmo, donde resaltan los nombres de Tatiana Lobo, Ana Cristina Rossi y Rosibel Morera en Costa Rica, Gloria Guardia en Panamá; Rosario Aguilar y Mónica Zalaquett en Nicaragua y Zee Edgell en Belice¹⁰. El fenómeno es importante y señala una doble reconfiguración de las formas de visibilidad en la división de lo sensible. Por un lado, junto con otras escritoras a quienes me he referido antes, las autoras de las novelas históricas se oponen a las normas, los valores y la ética del orden patriarcal y proponen un orden incluyente e igualitario para todos los sujetos. Por el otro, “secuestran” un género (la novela histórica) y un campo de saber (la historia) tradicionalmente limitado a los hombres (como sujetos y objetos) y dominado por completo por su perspectiva, para proponer otras miradas, otras presencias y otros modos del decir de la historia: dibujan otro paisaje. Una buena ilustración de esta reformulación del espacio (los límites, los sujetos) de la historia y de

¹⁰ A modo de comparación: en Argentina se pueden nombrar a María Rosa Lojo, Libertad Demitrópulos, Sylvia Iparraguirre; en México, a Angelina Muñiz, Silvia Molina, Ángeles Mastretta y Carmen Boullosa. En Venezuela se destaca Ana Teresa Torres; en Ecuador, Alicia Yañez Cossío; en Puerto Rico la narración histórica en forma de cuento o novela corta es la especialidad de Ana Lydia Vega, mientras que la novela histórica es el dominio de Rosario Ferré y Olga Nolla.

sus modos de decir es la novela *La niña blanca y los pájaros sin pies*, de la nicaragüense Rosario Aguilar (1992). Con su trama construida en dos tiempos, la fragmentación estructural que permite inscribir en el espacio de la historia a distintas mujeres del periodo colonial (retando la idea de “historia de los hombres, por y para los hombres”) y una extensa reflexión metatextual por parte de la protagonista-narradora, la novela de Aguilar redistribuye lo visible y redefine el decir histórico.

El segundo aspecto relevante de la discursividad de la nueva novela histórica centroamericana es el lugar que otorga a las presencias silenciadas, a las historias suprimidas de la trayectoria de la historia nacional/oficial. Los autores nicaragüenses, Lisandro Chávez y Erick Blandón representan en sus novelas *Columpio al aire* (1999) y *Vuelvo de cuervos* (1997) dos momentos distintos de la historia de la región de la Miskitía, unas historias de los afrocaribeños (en la primera) e indígenas (en la segunda) al margen de la historia nacional de Nicaragua y, no obstante, estrechamente vinculadas con los avatares de la afirmación del poder del Estado nicaragüense. El guatemalteco Dante Liano (*El misterio de San Andrés*, 1996), el salvadoreño Roberto Castillo (*La guerra mortal de los sentidos*, 2002) y la costarricense Tatiana Lobo (*Asalto al paraíso*, 1992), les abren el espacio de representación a los personajes indígenas de distintas épocas y a sus historias, en las que resaltan la violencia de la razón occidental, la explotación y el genocidio cultural, pero también la resistencia, la dignidad y la defensa de los valores ajenos a la cultura dominante. *Asalto al paraíso* se distingue además porque en esta novela Lobo “rescata la presencia y resistencia de los indígenas y las mujeres en el proceso de colonización e introduce nuevos hilos en ese tejido social en el que el componente étnico se encuentra entrecruzado con el género, presentando mujeres indígenas, mestizas y africanas” (Meza Márquez n.p.).

La inscripción de las historias afrocentroamericanas es otra gran contribución de

la nueva novela histórica que, de este modo, restituye su existencia histórica en el imaginario cultural e histórico. Pienso aquí en la novela Chombo, del panameño Carlos Guillermo Wilson (Cubena, 1981) que narra las historias trágicas de los inmigrantes caribeños empleados en la construcción del Canal de Panamá; en *Calypso* de Lobo (1996) y en el díptico limonense (*Limón Blues y Limón Reggae*, 2002 y 2007) de Anacristina Rossi. Aunque desde el punto de vista estético *Limón Blues* me parece menos lograda, como novela, que *Limón Reggae*, el rescate del florecimiento de la cultura africana en Costa Rica que realiza este texto es de suma importancia, sobre todo porque parece que en el momento actual las generaciones jóvenes de los limonenses en gran medida ignoran esa historia de ebullición y afirmación social y cultural llevada a cabo por sus antepasados.

Falta recuperar las historias silentes, borradas o blanqueadas, de los esclavos; falta una novela que narre la historia de Bárbara Lorenzana o que presente el mundo colonial desde su perspectiva. Este vacío me lleva a un texto que seguramente no es novela histórica, aunque a veces se lee como una, ni tampoco es historiografía, aunque a veces se le parezca. Me refiero a *Negros y blancos. Todo mezclado*, una colaboración entre Tatiana Lobo y Mauricio Meléndez Obando (1997). La hibridez de este trabajo, su aproximación interdisciplinaria a la vida cotidiana colonial, es de por sí un reto a la división aceptada de lo sensible, también en la investigación académica. Inscribe además, y ésta es su principal aportación a la dinámica de oponerse y proponer con respecto a la historia dominante y sus particiones, a un grupo social invisibilizado por el racismo del Estado y del ciudadano, así como por la historia y la mitología nacional que lo alimentaban. Las historias narradas por Lobo, construidas a partir de hilachas de información rescatada de los más diversos documentos, y las genealogías trazadas por Meléndez, evidencian la diversidad étnica de los habitantes de Costa Rica y hacen pedazos el mito de su “españolidad” o “pureza”, consolidado por la historiografía

tradicional y la mentalidad popular (89). El libro de Lobo y Meléndez Obando redistribuye los espacios, los cuerpos y las relaciones entre ellos en la sociedad colonial y, a partir de allí, propone una partición nueva de lo sensible, es decir, una reconfiguración de la visibilidad en la sociedad contemporánea. Su propuesta cognitiva, situada en este caso particular entre literatura e historia, señala también una modificación en el campo de la investigación histórica que despunta con *El negro en Costa Rica* de Carlos Meléndez y Quince Duncan (1981) y se hace notable a partir de los años 90, cuando numerosos historiadores centroamericanos se alejan de la historia nacional para investigar historias locales y étnicas, historias de existencias y luchas particulares, construyendo de esta manera un nuevo imaginario nacional más incluyente¹¹.

El recorrido que voy trazando señala un esfuerzo concertado, político y estético, de movilizar imaginarios culturales y prácticas políticas que contestan la homogeneidad y buscan configurar una partición más democrática y heterogénea de lo sensible. Con más o menos éxito en el orden social, bastantes logros en el orden legal y con mucho éxito en el campo cultural, desde hace unas cinco décadas, las sociedades centroamericanas reformulan los límites de la visibilidad y decibilidad impuestos en la época anterior por la razón dominante. A pesar de estos avances, no es tiempo de descansar, porque se trata de un estado frágil, siempre expuesto a lo que en “Nuestra América” Martí llamó el “tigre de adentro” y el “tigre de afuera” (31).

A veces, los peligros internos provienen de las prácticas políticas mismas que, paradójicamente, pueden volverse excluyentes. Pienso en el esencialismo del pensamiento mayanista, que

insiste en unos valores intrínsecos de la cultura maya, posición que tiene un efecto negativo, por ejemplo, en la experiencia y la construcción de identidad de las mujeres mayas (Casaús Arzú, “Las elites mayas” n.p.); o en la eliminación de lo femenino de los “contradiscursos de los nuevos movimientos indígenas y negros garífunas” en Honduras, lo que parece entroncar con la simbología masculina (representada en la virilidad de Lempira y la heroicidad de los próceres mestizos) del discurso nacional del mestizaje que éstos desafían (Mendoza 232-233). Por otra parte, según señaló el historiador guatemalteco Edgar Esquit Choy, las historias nacionales todavía tienden a homogeneizar colocando a los sujetos de la heterogeneidad (los mayas, los negros) en el marco de la historia nacional en vez de verlos como sujetos de su propia historia.

Más graves son, sin embargo, las tendencias actuales en el orden político que no permiten mucha política, en el sentido de disenso radical. Los partidos parlamentarios siempre parecen creer que sólo los políticos profesionales (los que, según Rancière, representan el orden policial, no la política) deben decidir en asuntos de la gestión pública, lo que significa la exclusión de las prácticas políticas de la ciudadanía. Más aún, en la realidad socio-política actual de los países centroamericanos (y la mayoría de los latinoamericanos, en general), el capitalismo neoliberal se presenta como la única opción económica y la democracia parlamentaria se eleva al rango de ideal político, señalando la condición post-política (y post-democrática) de consenso y negociación hacia el consenso que ha eliminado el desacuerdo. El orden político consensual puede crear la impresión de una propuesta hacia la heterogeneidad y pluralidad, pero en realidad siempre apuesta al pluralismo declarado oficial. Y

¹¹ Véase, a modo de ilustración de estas nuevas tendencias en la historiografía: de Oscar Aguilar Bulgarelli e Irene Alfaro Aguilar, *La esclavitud negra en Costa Rica: Orígenes de la oligarquía económica y política nacional* (1997); de Jorge Alberto Amaya, *Los árabes y palestinos en Honduras (1900-1950)* (1997) y *Los chinos de Ultramar en Honduras* (2002); de Jorge Amaya y German Moncada, *La comunidad garífuna y sus desafíos en el siglo XXI* (2002); de Antonio Canelas Díaz, *La Ceiba, sus raíces y su historia (1810-1940)* (1999); de Santiago Bastos y Manuela Camus, *Los mayas de la capital. Un estudio sobre identidad étnica y mundo urbano* (1995); de Marta Elena Casús Arzú, *Guatemala, Linaje y Racismo* (2006); de Ramón D. Rivas, *Pueblos indígenas y garífunas de Honduras* (1994).

desde fuera, amenaza la globalización cultural que acompaña la propagación del sistema neoliberal en el plano económico. Una práctica fundamental para el consenso y la globalización es el consumo que puede disfrazar lo otro como “nuevo” o “diferente” y convertirlo en una mercancía más. Por eso, la lucha por la heterogeneidad sigue vigente. Frente al poder y avance de estas tendencias, es crucial defender los saberes heterogéneos y auténticamente plurales, con una práctica constante y consciente de la política y estética.

BIBLIOGRAFIA

- Aguilar, R. (2006). *La niña blanca y los pájaros sin pies*. Managua: Hispamer.
- Aguilar, B. O. y Alfaro, A. I. (1997). *La esclavitud negra en Costa Rica: Orígenes de la oligarquía económica y política nacional*. San José: Progreso Editorial.
- Alegría, C y Flakoll, D. J. (1987). *Cenizas de Izalco*. San Salvador: UCA.
- Amaya, J. (2005). “Los negros ingleses o creoles de Honduras: Etnohistoria, racismo, nacionalismo y construcción de imaginarios nacionales excluyentes en Honduras”. *Boletín AFEHC* 13 (octubre). Obtenido el día 31 de agosto 2011, desde http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=377
- Amaya, B. J. (2005). “Reimaginando’ la nación en Honduras: de la ‘nación homogénea’ a la ‘nación pluriétnica’. Los negros garífunas de Cristales, Trujillo”. *Boletín AFEHC* 15 (diciembre). Obtenido el día 31 de agosto de 2011, desde http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=365
- Arias. (1998). *La identidad de la palabra. Narrativa guatemalteca a la luz del siglo XX*. Guatemala: Artemis-Edinter.
- – . (2009). “La literariedad, la problemática étnica y la articulación de discursos nacionales en Centroamérica”. *Estudios culturales centroamericanos en el nuevo milenio*. Ed. Gabriela Baeza Ventura y Marc Zimmerman. San José, Costa Rica: Editorial UCR. 189-211.
- Barbas-Rhoden, L. (2003). *Writing Women in Central America. Gender and the Fictionalization of History*. Athens, OH: Ohio University Press.
- Barthes, R. (2004). *Mitologías*. Trad. de Héctor Schmucler. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Blandón, E. (1997). *Vuelo de cuervos*. Managua: Editorial Vanguardia.
- Bourdieu, P. (1991). “The Production and Reproduction of Legitimate Language”. *Language and Symbolic Power*. Trad. Gino Raymon y Matthew Adamson. Ed. John B. Thompson. Cambridge, MT: Harvard University Press. 43-65.
- Casaús, A. M. (2001). “Las elites intelectuales y la Generación del 20 en Guatemala: Su visión del indio y su imaginario de nación”. *Historia intelectual de Guatemala*. Ed. Marta Elena Casaús Arzú y Oscar Guillermo Peláez Almengor. Ciudad de Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y regionales, Universidad San Carlos de Guatemala. 1-50.
- – –. (2009). “Las elites mayas, la cultura y el Estado en Guatemala”. *Boletín AFEHC* 41 (junio). Obtenido el día 31 de agosto de 2011, desde http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2182
- Chávez, A. L. (1999). *Columpio al aire*. Managua: UCA.

- Escobar, T. (1988) "Posmodernismo / Precapitalismo". *Casa de las Américas* 168: 13-19.
- Euraque, D. (2002) "Antropólogos, arqueólogos, imperialismo y la mayanización de Honduras: 1890-1940". *Revista de Historia* (San José de Costa Rica) 45 (enero-junio): 73-103.
- Foucault, M. (1992). *La vida de los hombres infames*. Trad. y ed. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. La Plata, Argentina: Ediciones Altamira.
- Gordillo, C. E. (2001). "Hacia la formación del 'alma nacional': José Antonio Villacorta Calderón y la historia de Guatemala (1915-1962)". *Historia intelectual de Guatemala*. Ed. Marta Elena Casaús Arzú y Oscar Guillermo Peláez Almengor. Ciudad de Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y regionales, Universidad San Carlos de Guatemala. 119-155.
- Grinberg Pla, V. y Mackenbach, W. (2006). "Banana novel revis (it) ed: etnia, género y espacio en la novela bananera centroamericana. El caso de Mamita Yunai". *Iberoamericana* 23: 161-176.
- Gruzinski, S. (1988). *La colonisation de l'imaginaire: sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIe-XVIIIe siècle*. Paris: Gallimard. Stelzner, Uli. La Isla. Archivos de una tragedia.
- Gudmundson, L. "Los mulatos y las naciones en Centroamérica". Dirección URL: <http://www.mtholyoke.edu/acad/latam/raices10lowell.html>. Fecha de consulta: 2 de junio de 2009.
- Hobsbawm, Eric. (1983). "Introduction: Inventing of Traditions". *The Invention of Tradition*. Ed. Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Cambridge: Cambridge University Press. 1-14.
- Jackson, R. L. (1976). *The Black Image in Latin American Literature*. Albuquerque, N.M.: University of New Mexico Press.
- Liano, D. (1996). *El misterio de San Andrés*. México, D.F.: Editorial Praxis.
- Lobo, T. (2005). "Abordar la historia desde la ficción literaria (o cómo destejer una bufonada)". *Literaturas centroamericanas de hoy*. Ed. Karl Kohut y Werner Mackenbach. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert. 235-42.
- — —. (2006). *Asalto al paraíso*. San José, Costa Rica: Ediciones Farben.
- — —. (1996). *Calypso*. San José, Costa Rica: Farben.
- Lobo, W. T. y Meléndez, O. M. (1997). *Negros y blancos. Todo mezclado*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Mackenbach, W. (2005). "La historia como pretexto de literatura – la nueva novela histórica en Centroamérica." *Literaturas centroamericanas de hoy*. Ed. Karl Kohut y Werner Mackenbach. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert. 179-200.
- Martí, J. (1985). *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 26-33.
- Mendoza, B. (2009). "La desmitologización del mestizaje en Honduras: Evaluando nuevos aportes." *Estudios culturales centroamericanos en el nuevo milenio*. Ed. Gabriela Baeza Ventura y Marc Zimmerman. San José, Costa Rica: Editorial UCR. 215-243.
- Meza, M. C. (2005). "La evolución de una tradición escritural femenina en la narrativa centroamericana." *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales*

- centroamericanos 10 (enero-junio). Obtenido el día 26 de agosto de 2007, desde <<http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n10/articulos/evolucion.html>>.
- Monge, A. C. (1959). *Historia de Costa Rica*. San José: Imprenta Trejos.
- Mosby, D. (2003). *Place, Language, and Identity in Afro-Costa Rican Literature*. Columbia, MO: University of Missouri Press.
- Navas de Miralda, P. (1992). *Barro*. Tegucigalpa, Honduras: Editorial Guaymuras, 2ª edición.
- Neruda, P. (1968). *Canto general*. Buenos Aires: Losada.
- Perkowska, M. (2008). *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- Quijada, M. (1994). “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX”. *Imaginar la nación*. Ed. François Xavier Guerra y Mónica Quijada. Hamburgo: Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA), 1 – 26.
- Ramírez, S. “Oficios compartidos”. 18 de julio de 2006.
- – –. (2007). *Tambor olvidado*. San José, Costa Rica: Aguilar.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Edición Nueva Visión.
- – –. “La división de lo sensible”. Trad. Antonio Fernández Lera. Obtenido el día 14 de Julio de 2011, desde <http://www.4shared.com/document/iCosRj3/Jacques-Ranciere-La-Division-d.html>
- – –. (1995). *On the Shores of Politics*. Trad. Liz Heron. London: Verso.
- – –. (2008). *The Politics of Aesthetics*. Nueva York: Continuum.
- – –. (2005). *Sobre políticas estéticas*. Barcelona: UAB.
- Ricœur, P. (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris :Seuil.
- Rodríguez, C. F. (2007). “Del regionalismo a la vanguardia en la narrativa centramericana: Flavio Herrera y Yolanda Oreamuno”. *Filología y Lingüística*. 33.2: 23-31.
- Stelzner, Uli (Dir.). *La isla. Archivos de una tragedia*. Iskacine. Alemania/Guatemala, 2009. DVD